

Por el nombre
(del libro Piel Desnuda)

“Quihubo Nata ¿cómo amaneció hoy?, le dijo la vecina de apartamento que se la encontró cuando Natividad bajaba las escaleras para ir, según ella, a hacer una diligencia.

“Igual, querida, igual que ayer.... Y que todos los días” dijo. Y la dejó porque tengo prisa” agregó. Y bajó rápidamente los dos pisos que le faltaban para salir a la calle y se perdió en ella en un dos por tres.

Natividad, con sus 38 años cumplidos, siempre tenía prisa. Sus conocidos y conocidas, porque no tenía amigos ni amigas, siempre la vieron ir con paso rápido. Entiéndase bien: ir, no venir. Porque salía disparada como alma que lleva el diablo y horas más tarde, regresaba caminando lentamente y con la mirada perdida como si su alma viajara por un camino distinto al de su cuerpo.

Lo que nadie sabía, es que Natividad siempre iba para ninguna parte. Iba por doquier, buscando algo que ella no sabía si se le había perdido o que la llamaba para

descubrirlo. Sentía como una punzada en lo más profundo del alma que la llevaba a pensar que la muerte estaba cerca pero, a la vez, sentía también una profunda tristeza de tener que morir sin haber hecho o vivido “ese algo” que le faltaba.

Sí, algo le faltaba y no sabía qué era. Pero un día creyó haber encontrado la clave. Esa tarde, cuando ella llegaba de ninguna parte, al edificio donde vivía, tres vecinas que estaban en la puerta, la saludaron diciéndole: “Hola Nata”, “Hola Nata”, “Hola Nata”. ¡Claro, era eso! ¿Cómo no se había dado cuenta antes? “Nata”, “Nata” “Nata”; ¡por Dios! Eso era horrible.

Recordó que en sus primeros años de juventud ella había creído que el nombre era sólo un accidente, pero después se había dado cuenta de que no era así; que uno acaba pareciéndose, irremediablemente, al nombre que lleva. Inclusive se acordó entonces, que había tenido un novio que se llamaba Prisciliano Lindo y que había terminado con él, por la manera como lo llamaban. No le decían Prisciliano sino que le decían le decían muchas cosas que ella no quería recordar. ¡Cretinos!... Le habían destruido su

noviazgo. Bueno, ¡qué vaina!, el hecho es que con el nombre, uno queda marcado.

Pero el carrusel volvió a sonar en sus oídos: “Nata”, “Nata”, “Nata”, “¡Cómo podría morirme llamándome “Nata” pensó. Y decidió que tenía que cambiarse el nombre. “Sólo falta que, cuando me muera, digan: “se murió la ‘Nata’; ‘la Nata estiró la pata...’ No señor, no voy a darles gusto. Voy a cambiarme el nombre”, refunfuñó.

Y se cambió el nombre pero, como era obvio, se cambió también de apartamento, a otro, muy lejos del primero.

Natividad se cambió el nombre por el de Encarnación. Y así la conocieron sus nuevos vecinos quienes para ahorrar saliva, le decían familiarmente “Carna” o “Carnita”.

Pasó algún tiempo antes de que le quedara sonando en los oídos el “Carna”, “Carnita”, “Carna”, “Carnita”, que no se aguantó más y exclamó: “¡Por Dios, otra vez; esto vuelve a ser horrible!”. Y ahora ¡peor que antes!”.

No, no podía morirse así. Qué tal después dijeran: “se nos

fue la Carna; nos quedamos sin Carnita”; ¡sería el colmo! Y resolvió cambiarse nuevamente el nombre. Pero, sin hacerlo todavía, se cambió de apartamento.

Luego, comenzó a pensar qué nombre se pondría ahora. Pensó en llamarse Beatriz pero dijo: “no, no. Me dirían “Triz”. Entonces Empera “No, me dirían Pera . Ramona. “No, me dirían mona”. Tal vez Carmenza, “No, no, no. Me dirían ... no, ese no” Y siguió enunciando nombres, uno tras otro, pero no le gustó ninguno. Siempre había la posibilidad de recortarlos burlonamente.

Entonces, pensó en ponerse un nombre bien raro; bien rebuscado. Y se acordó de un nombre de sus tiempos religiosos, nombre que no sabía si era de una virgen o de una iglesia, pero ahí estaba: ¡Porciúncula!. Sin embargo, pensó un momento y ¡zas!, estalló: “¡Eso jamás!”, casi gritó. “No puede ser. Me dirían ¡ ... ! No, ni soñarlo; ese si que definitivamente no.”

Y no pensó más. Ella, que jamás había estado en una universidad –o precisamente por eso–, sabía que el pensar encoje el cerebro y entumece el alma.

Así que, decidió calmarse, relajarse y poner su mente en blanco para evitar la angustia. Mientras, decidió prepararse un té con galletas. Y fue a la cocina a realizar estos menesteres cuando, de pronto, fijó su mirada, a través de la ventana que daba al patio: vio dos pajaritos que jugaban en una rama del árbol del jardín.

Por un momento se quedó ensimismada, pero luego comenzó a sonreír mientras pensaba: “claro, eso es. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Qué tonta soy! He perdido casi toda mi vida. Pero ahí está. Sí señor; me llamaré Feliz. De ahora en adelante me llamaré Feliz”. Y siguió repitiendo: “Feliz, Feliz, Feliz...”, mientras terminaba de preparar el té y se dirigía al comedor a disfrutarlo. Y sonreía y sonreía, con una sonrisa encantadora que, cualquiera que la hubiera conocido antes, no podría imaginar que ella fuera la misma “Nata” o la “Carnita”, consumida en el mar de sus depresiones.

No tuvo tiempo de decirles a sus nuevos vecinos su nuevo nombre, ni en ningún momento pensó en cómo podrían llamarla. Es más: eso no le importó en absoluto. Cuando

acabó de tomar el té con las galletas, se dirigió al dormitorio, siempre con la sonrisa encantadora.

Una vez allí dentro, decidió maquillarse y ponerse bonita mientras repetía:” Feliz, Feliz, Feliz”.

En realidad, nunca se había maquillado, menos a esa hora, porque ya había caído la noche. Pero esta vez arregló su rostro y se puso coqueta.

Al mirar en el espejo el rojo ardiente de sus labios, murmuró: “Feliz”. Y se fue a la cama, se acostó con la sonrisa encantadora y cerró los ojos. Y, sin darse cuenta, allí en la noche, como en la mitad de la noche, murió Feliz...